

vender.... á su padre. Bien, muy.... bien....
hecho....

Pronunciando esas palabras entrecortadas, Cañizares acabó de cerrar los ojos, y un ronquido suave y tranquilo dió á entender á Fermín que su tío entraba en la plenitud de la más pacífica de las digestiones. Dejólo profundamente dormido, y salió del comedor, diciéndose entre dientes á sí mismo :

—¡Nona, Nona! ¡Lo estoy viendo con mis propios ojos, y aún me parece mentira!



CAPÍTULO XX.

TRES AL SACO.

ERA de ver la curiosidad con que *Chucho* volvía la cabeza conforme se iba acercando á la casa de sus amos, colgada al brazo una cesta llena de manzanas. Cualquiera habría dicho que se veía perseguido por algún fantasma, porque nunca los rasgos descompuestos de su fisonomía habían ofrecido señales más visibles de estupidez. La visión, no obstante, se escapaba á la perspicacia de los ojos profanos, pues cabalmente en aquel momento sólo dos simples mortales cruzaban la calle.

El caso es que *Chucho*, sin dejar de volver la cabeza, salvó de un salto el portal y llegó hasta

el portón ó puerta de en medio, que de ambas maneras por allí se dice, y se detuvo, tragándose media manzana de un solo bocado, hasta que una figura humana oscureció la claridad de la puerta; figura que tenía algo de sombra, tanto por el reposo de sus movimientos como por lo negro del vestido que traía. *Chucho* entonces se precipitó dentro de la casa, á tiempo que Gila pasaba por delante de la puerta, y chocaron uno con otro, y saltaron las manzanas fuera de la cesta y rodaron por el suelo.

—¡Ave María! (gritó Gila.) ¡Qué animal eres, y cómo te echas encima!

—¡Calla!—le dijo *Chucho*.

—¡Cómo que calle!—le replicó.

—Sí, calla. No sabes: ahí detrás viene la Justicia.

—¡La Justicia!—repitió Gila; y tomó escaleras arriba, y tan ciega iba, que no vió á Marta, y ¡allá va! por poco le hace rodar escaleras abajo.

—¡Bestia! (exclamó Marta.) ¿No tienes ojos en la cara?

—¡Calle V!....

—¡Cómo que calle!....

—Sí.... ¡Que viene la Justicia!

—¡La Justicia! (murmuró Marta.) ¿Qué tiene que hacer aquí la Justicia?

Y sin más investigaciones, se encaramó en lo alto de la escalera, en ocasión en que María de la Paz pasaba con un azafate de mimbre, reventando de ropa planchada; y como estaba de Dios que en aquel día todos habían de ser tropezos, la cabeza de Marta dió en el azafate, y el azafate en el suelo.

—¡Válgame Dios, Marta! (dijo María de la Paz.) Hoy no te has santiguado.

—Calla, hija (le contestó Marta). Es que ahí tienes á la Justicia.

—¡Acabaras!.... (prorumpió la Pacheca.) Recoge esa ropa que me has echado al suelo, que yo voy á avisarle á tu amo.

Dicho y hecho; con el apresuramiento que en las casas inalterables produce el anuncio de una visita extraordinaria, Doña María de la Paz, diciendo: «¡Martín! ¡Martín!», se abalanzó á la puerta del cuarto de su marido, y empujó con viva urgencia, cabalmente á tiempo en que Cañizares iba á salir, de modo que le dió en las narices al abrirse la hoja de la puerta empujada por la Pacheca.

—¡Allá va eso!.... (gritó D. Martín.) Mujer; por poco me dejas chato.

—Calla, hombre (replicó ella): si es que tienes en la casa á la Justicia.

—Bien venida sea (dijo Cañizares, adelantán-

dose á recibirla). Bien venida, aunque se diga *Justicia, y no por mi casa.*

En efecto: la justicia era el mismo Juez en persona, que subía lentamente la escalera, dando en cada peldaño un golpe con la contera de su bastón jurisdiccional.

Al verlo D. Martín, exclamó diciendo :

— ¡Ah, señor Juez! ¿Tanto bueno por esta casa?

— Sí, señor (le contestó el Magistrado.) Algún día había yo de venir á pagarle á su buen sobrino las visitas que le debo. ¿Habré venido á molestar, en ocasión en que no está en casa?....

— Molestia, nunca (dijo Cañizares). En cuanto á mi sobrino, no lo he visto hoy en todo el día; pero de seguro está en casa, porque tengo entendido que esta mañana se quejaba de algo, así como de dolor de cabeza; y si no estuviese, se le buscaría en el centro de la tierra.... ¡Eh! ¡Familia!.... al niño Fermín que venga, que tiene aquí una visita que honra la casa de los Cañizares. Por aquí, señor Juez; entremos en mi cuarto, donde no llega el ruido de la familia, porque estas mujeres caseras todo lo traen siempre revuelto.

No tardó Fermín mucho tiempo en presentarse en el cuarto de su tío, y al punto Cañizares

cerró la puerta; y, á mayor abundamiento, le dió media vuelta á la llave, diciendo :

— Aquí se puede hablar hasta la consumación de los siglos, sin que lo entienda la tierra.

El Juez dirigió á Fermín una mirada inquisitiva, y éste le dijo :

— No hay inconveniente; mi tío se ha puesto al cabo de la calle; sus sospechas coinciden con las nuestras, y su auxilio puede sernos de mucho provecho.

— Así es la verdad (añadió Cañizares). Y si yo puedo servir de algo á la justicia, aquí estoy con el alma y con la vida.

— Todo auxilio se necesita (advirtió el Magistrado), y hay que tomar la luz de donde Dios nos la envíe, porque el asunto se presenta muy oscuro.

Era el Juez hombre de cincuenta años bien cumplidos; ningún rasgo particular lo distinguía de la masa común de los hombres, si se dejaba aparte cierta sombra de bondadosa tristeza que se descubría en la expresión habitual de su rostro. Podía pasar por el mundo sin que se reparara en su persona. Había hecho su carrera muy lentamente, paso á paso, y después de veinte años de ir y venir de una fiscalía á otra, de uno á otro juzgado, se encontraba de Juez de ascenso en la villa de los Remedios. Su mérito principal

consistía en eso que se llama tener buen ojo, perspicacia instintiva que solía ponerlo en camino de lo que buscaba. Sabía por razón y experiencia que en la urdimbre de todo delito, por bien tejido que esté, queda siempre un hilo suelto que era preciso buscar, aunque fuese á tientas, y no se fiaba nunca de las primeras apariencias, porque decía que engañaban como las perspectivas. En fin: completaba su carácter profesional un verdadero amor á la justicia y cierto amor propio en descubrir á los culpables, y eso que había experimentado contrariedades en su carrera por haber puesto alguna vez el dedo en la llaga. Á Fermín lo conoció en Valencia, y le profesaba paternal afecto.

Á D. Martín no se le cocía el pan, impaciente por meterse de hoz y de coz en aquel complot, urdido á espaldas del proceso, contra los ladrones de las alhajas de la Virgen. Así es que echó por medio, preguntando:

—¿Estorbo?

—No, Sr. D. Martín (le contestó al punto el Juez.) Hemos convenido en que V. nos ayude, y con eso contamos.

—¿Qué hay que hacer?—volvió á preguntar Cañizares.

—Ahora, nada: estamos pendientes de los datos que hemos pedido á Zaragoza y Valencia, y

por muy felices que sean las investigaciones que han de hacerse, han de pasarse algunos días. ¿No es eso, Fermín?

—Eso mismo.

—Sí (replicó Cañizares); pero se pierde un tiempo precioso.

—Lo importante aquí (dijo Fermín), es que el presunto culpable no sospeche que sospechamos.

Á lo que el Juez añadió:

—Pues es el caso que sospecha.

—¿Cómo?—preguntaron á la vez el tío y el sobrino.

—Acaba de ocurrir un hecho, indicio probable de que nuestras secretas averiguaciones han sido descubiertas.

—¿Sí?

—Hay que temerlo: hoy ha aparecido *Minerva* envenenada.

Fermín y Cañizares se quedaron con la boca abierta, y el Juez siguió diciendo:

—La encontraron revolcándose en la calle estrecha contigua á la iglesia. Se creyó que rabiaba, y la gente huyó despavorida; pero llegó el sacristán desalado á la noticia de que su perra rabiaba, y el pobre animal, al verlo, se arrastró hasta sus pies, y murió lamiéndole las manos. Cuentan que el sacristán miró con ojos furiosos á la gente que lo rodeaba, y que luego

recogió á *Minerva* muerta, y se fué llorando á lágrima viva.

—Pero ¿cómo (preguntó D. Martín) han envenenado á ese animal, que era el ojo derecho del pueblo?

—Según el albéitar, que me ha referido el caso, la han envenenado con arsénico.

—¿Y quién?—preguntó á su vez Fermín.

—Eso (dijo el Juez) es otro misterio.

—¡Otro misterio! (exclamó Cañizares impetuosamente.) Pues á mí me parece claro como el sol que nos alumbra que han matado á *Minerva* por miedo ó por venganza. Por miedo de que acabase de descubrir el rastro, ó en venganza de haberlo descubierto.

—Luego....—añadió el Juez, abriendo paso á la consecuencia.

—Luego (dijo Fermín) *Minerva* no nos había engañado; ha puesto el dedo en la llaga, y estamos realmente sobre la pista.

—Eso es (continuó el Juez). No debemos discurrir de otra manera. Ese animal era muy soçiable, inofensivo, y muy querido en el pueblo; el veneno no es sustancia que anda aquí en manos de las gentes para que pueda atribuirse el caso á un envenenamiento casual. El boticario me ha dicho con toda seguridad que no hay en el pueblo más arsénico que el que se guarda

en la botica. Además, el misterio es la luz. Nadie da cuenta del hecho, nadie lo ha presenciado, nadie lo ha visto, nadie sabe por quién ni cómo ha sido envenenada *Minerva*, y claro es que se la ha matado secretamente de intento, porque había grande interés en matarla. El culpable, al ocultarse, se ha descubierto.

—Entonces, esto es coser y cantar (dijo don Martín). No hay más que plantarse en su casa, hacer un reconocimiento minucioso, y meter en chirona á nuestro hombre.

—Eso (advirtió el Juez) sería perderlo todo. Creo que andamos entre gente que sabe el oficio; un registro á ciegas, no nos daría resultado ninguno; acabaríamos de levantar la caza, y nuestro hombre saldría de la cárcel á las setenta y cinco horas más inocente que antes de haber entrado en ella. Nuestro trabajo ahora consiste en desorientarlos acerca de nuestras pesquisas, y estar sobre el rastro.

—Es triste (observó Fermín) tener el convencimiento del nombre del culpable, y no poder llevarlo á los autos.

—Lo que á mí me escarabajea (dijo el Juez, golpeando con la contera del bastón las suelas de sus botas), es quién ha podido advertirle el camino de nuestras indagaciones. Tres únicamente estábamos en el secreto: nosotros dos, y

el sacristán. Se dirá que han podido sospecharlo; pero lo posible es el vacío, y sólo se puede aceptar después de agotado lo probable. Ahora bien: ¿qué es lo probable en el caso en que nos encontramos?

Los tres guardaron profundo silencio: no encontraban nada probable, y les costaba mucho trabajo atenerse á lo posible. ¿Á dónde dirigir las sospechas de una traición?... El Juez esperó largo rato que Cañizares ó Fermín iluminasen la oscuridad con algún rayo de luz, aunque fuese rápido como el relámpago; pero ambos permanecieron silenciosos, buscando alternativamente, ya en el suelo, ya en el techo, la clave del enigma. Al fin el Juez rompió el silencio, diciendo:

—Nosotros estamos seguros de no haber cometido ninguna imprudencia; nuestras pesquisas permanecen ignoradas para todo el mundo. ¿Cómo, pues, el autor ó los autores del robo son los únicos que han podido averiguarlas? La noticia no ha llegado á ellos por rumor público; la saben por confidencia. Tenemos al sacristán en tela de juicio; despojémonos de toda consideración, y juzguémosle. Yo pregunto: ¿Es el sacristán cómplice de este delito?

Tío y sobrino abrieron desmesuradamente los ojos, y se quedaron mirando de hito en hito la cara del Juez, serena é impenetrable.

—No (se contestó á sí mismo). Cabalmente el Sacristán fué quien nos sugirió la idea de aprovechar el instinto de *Minerva* para dar con el rastro; á nosotros no nos había ocurrido semejante cosa; y hay que convenir en que ha sido un medio seguro. No salimos de la oscuridad; estamos en el caos; todo es posible, y no encontramos nada probable. Tenemos, sin embargo, un dato precioso que confirma nuestros indicios; la mano del ladrón es la que ha envenenado á *Minerva*.

D. Martín Cañizares no había visto jamás á su entendimiento en tan apretado lance, y allá en sus adentros discurría con más fuerza de voluntad que de ingenio, y con más impaciencia que éxito. Así es que se rascaba la cabeza y se mordía las uñas, y ya se tiraba de una oreja, ya de otra; ya ahuecaba el labio inferior sacándolo de quicio y haciendo de su cara una pililla de agua bendita. Mas ni por esas, porque el enigma continuaba impenetrable. Fermín, por el contrario, permanecía inmóvil, mordiéndose los labios en reflexión lenta y profunda. De repente se puso de pie, dióse una gran palmada en la frente, miró al Juez primero y después á su tío, retrocedió, y volvió á sentarse sin decir palabra.

—Tú has visto algo (dijo D. Martín). ¿Qué has visto?

—Nada (le contestó). No he visto nada ; no puedo ver nada.

Poco después se daba por terminada la conferencia, porque el asunto estaba completamente agotado. Tres al saco, y el saco en tierra.

Al volver á su cuarto, encontró Fermín á Nona en el corredor, y clavó en ella una mirada de tan terrible enojo, que la pobre muchacha se dobló como si el cielo se desplomara sobre su cabeza, y huyó de su primo, y fué á refugiarse en el cuarto de su abuela. Allí cruzó las manos sobre el pecho, y rompió en llorar, exclamando:

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!

Pues no era esa la más negra, sino que al mismo tiempo el primo se encerraba en su cuarto, diciendo con furia reconcentrada :

—Sí; Nona ha confiado á ese hombre el secreto de *Minerva*, que yo tuve la imprudencia de descubrir en la intimidad de la familia, y ese hombre.... ¡Mejor!.... Le arrancaré la máscara.... No, no; no es mejor....; no haré nada.... No puedo hacer nada.... Ella le quiere.... ¡Infeliz criatura!.... ¡Infeliz de mí!.... ¡Todos infelices!.... No me queda más recurso que volverme loco.

Y como se dice en las novelas, cayó desplomado sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos.



CAPÍTULO XXI.

TRAGICOMEDIA.

SENTADO sobre el borde de la cama y á medio vestir, D. Martín Cañizares llamaba á María de la Paz, á voz en grito, con señales visibles de un humor de todos los demonios.

—¿Qué quieres, hombre? (dijo la Pacheca entrando en la alcoba.) Vamos á ver: ¿qué tripa se te ha salido?

—¡Friolera! (exclamó D. Martín.) ¿Te parece poco encontrarme los pantalones sin botón en la pretina? Seis días hace que los llevo así, sin que le haya ocurrido á nadie en esta casa reparar en ello. Pues, mira, me voy hartando ya de que se me caigan los calzones de hombre de bien.

—Trae, hombre, trae. ¿No tenías ahí otros pantalones que ponerte? Y me parece que buena boca tienes para haber dicho desde un principio: «Á ver, cosedme este botón.»

—Bueno, señora, bueno. Quiere decir que otra vez que ocurra, cogeré yo una aguja, la enhebraré como Dios me encamine, y de paso me daré un punto en la boca; porque aquí, está visto que no puede uno decir: «Alabado sea Dios,» sin que en seguida no le quieran meter el resuello para dentro. ¿No es esto, doña María?

—No es eso, ni por el forro; es que con los años se te ha avinagrado el genio, que siempre le has tenido más de cardo silvestre que de malva-rosa, y hoy aún no has puesto los pies en el suelo, y ya parece que has pisado alguna mala hierba.

—Puede V. hablar, señora Pacheca, cuando no amanece día que no salte V. de la cama tropezando con todo, y me revuelva V. la casa de arriba á abajo, y lleve V. la gente al retortero y no quede títere con cabeza. ¡Pues qué! ¿estoy yo sordo? ¿No la oigo yo á V. rabiarse los palos todos los días con todo bicho viviente? ¡Genio!.... ¡Vaya si lo tienes bien puesto! Á mí no me engañas: ¿no ves que te conozco desde que te subías á los perales á coger nidos? No he co-

nocido una mujer más arisca que tú en todos los días de mi vida.

María de la Paz mordió la seda con que acababa de pegar el botón de los pantalones, se puso de pie, y mirando á su marido de hito en hito, le dijo:

—¡Dios te perdone! Hoy te levantas de muy mala data, y andas buscándome la lengua.

Afanado Cañizares en hacer entrar los pantalones en su sitio, nada tuvo por de pronto que contestar á su mujer; mas á poco se volvió á ella, diciéndole:

—María: ¿te has santiguado esta mañana?

—Martín (le contestó); yo me santiguo todos los días.

—Pues entonces, ¿qué has hecho aquí, que no puedo abrochar esto?

—¿Qué he de haber hecho más que pegar el botón en su sitio?...

—Pues, mujer, ¿en qué consiste?...

—Hombre, consiste en que estás ya muy torpe.... Trae aquí, trae.... ¿Ves? así....

—¡Eh! (gritó D. Martín.) No aprietes tanto.

—¡Ave María! ¡Aunque fueras de alfeñique! Anda, así se hace. ¿Qué otra cosa se te ocurre? ¡Ay, marido mío, que ya hay que vestirme, y aún echas roncas!

Y así diciendo, la Pacheca comenzó á levantar

tar la ropa de la cama y á sacudir los colchones.

—María (dijo D. Martín): algo te escarabajea á ti por tus adentros, porque estás hablando sola.

—No me escarabajea nada (le contestó al golpe), ni hablo sola. Hablo conmigo misma. ¡Ay, Martín, si hubieras dado con otra!

—¡Vaya una salida!... ¿Y tú por qué diste conmigo?

—Porque me buscastes.

—¡Yo!

—Tú. Bien andabas detrás y delante. ¡Pues qué! ¿estaba yo ciega?

—Y vamos á ver; ¿tú qué hacías, ya que me buscas la lengua?

—¿Yo? Huir cielo y tierra.

—Eso es, para echar más leña al fuego, como quien dice «á ver si me coges.» ¡Vaya una gracia! Eso lo hacen todas las mujeres. ¿Y qué?... Bien pronto dijiste que sí, en cuanto tu madre abrió la boca.

—Te equivocas, que fué la tuya la que vino á pedirme.

—No digo que no; pero has de saber que mi madre, que en paz descansa, quería que yo fuese canónigo.

—¿Sí?... Pues ten en cuenta que yo me encontraba muy retebién en mi casa, y ninguna prisa tenía de casorio.

—¡Es mucho cuento esto! No digo hoy palabra que no me la vuelvas al cuerpo.

—Es que hoy, Martín, ni atas ni trasquilas, y le andas buscando tres pies al gato; pero, hijo mío, das en piedra.

—¡Me gusta la frescura! ¿Pues no eres tú la que te lo dices todo? No sé yo qué mosca te ha picado; pero hoy has amanecido con gana de fiesta.

—¡Yo! Sí. Hace ya tiempo que la procesión va por dentro, y no digo esta boca es mía: siempre voy bailándote el agua delante, aunque no creas que las cosas caen en saco roto. Tú, tú eres el que has puesto la piedra en la cuesta, diciendo esas cosas que dices. ¡Mire V. con qué halagos se viene! Afortunadamente, yo me pudro y callo.

—¡Pues no dice que calla, y está hablando por los codos!...

—¡Que hablo!... (exclamó la Pacheca, arqueando las cejas.) ¡Ay, señor D. Martín, si yo hablase!...

Cañizares apretó los puños, y dijo en voz baja, como hablando consigo mismo:

—¡Señor, no hay para matarla!...

—No te impacientes (le replicó ella); no te impacientes, porque con la vida que llevo no haré muchas navidades.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Á que va á decir que la estoy matando?

—No digo eso.

—¡No!....

—No.

—Pues entonces, ¿qué es lo que dices?

—Lo que digo es que el demonio ha metido la pata en esta casa.

—Bueno; ahora lo va á pagar el demonio. Vamos á ver; y ¿por qué?

—Porque la casa tiene sombra.

—¡Otra te pego! Pues, mujer, ¿no está en medio de la calle? ¿No le da el sol todo el día? ¿Dónde quieres que la ponga?

—¡Ya se ve!: tú, como tienes la cabeza á pájaros, no ves lo que pasa.

—Señora Pacheca: ¡por las once mil vírgenes, desembuche V. de una vez! ¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé, y esa es mi pesadilla.

—Y tú la mía,—prorumpió Cañizares sin poder contenerse.

—El caso es (siguió diciendo María de la Paz), que á Marta parece que se le ha ido el santo al cielo; rompe cuanto cae en sus manos, va y viene sin ton ni son; se santigua á cada momento, como si siempre tuviera el enemigo delante, y á lo mejor se le van unos suspiros, que parten el

alma; y si le preguntas, no te contesta á derechas. Pues déjate á esa, y toma á las otras dos, que andan todo el día á la greña como dos basiliscos, y todo lo llevan á sangre y fuego. Pues agárrate á *Chucho*, que ha dado ahora en la gracia de aullar en la cuadra lo mismo que los perros cuando anuncian alguna desgracia.

Al llegar aquí se detuvo, so pretexto de perfeccionar el doblar de la sábana que había extendido sobre los colchones de antemano mullidos, porque á todo esto María de la Paz hacía la cama con el primor de la mujer que sabe hacer las cosas de su casa. D. Martín se rascó la cabeza en señal de que le picaba la impaciencia, y ella siguió diciendo:

—Aurora cada vez más metida en el quinto cielo, mirando por encima del hombro, y sin que se pueda conseguir que entre en los trotes de hacer algo de sus manos. Estos días está como nunca. Fermín es otro hombre de tres días á esta parte; lo veo desconocido, apenas come, apenas habla, y aunque disimula, bien se le conoce que allá en sus adentros se le hace la masa vinagre. ¿Qué más quieres? Hasta Nona, tan alegre siempre, ya no se ríe como antes, ni echa aquellos cantares que eran la alegría de la casa, y llora á sus solas; lo niega con la boca, pero á mí me lo dicen sus ojos. Pues aquí, en sana paz,

yo te pregunto, Martín: ¿Qué mundo es el que se nos viene encima?

—¡Válgame la Santísima Trinidad (exclamó Cañizares), y cuántas cosas has resuelto en un abrir y cerrar de ojos! ¿Será que por tu bella cara ha de andar siempre el mundo alegre como unas castañuelas? Que Marta chochea, que Prisca y Gila riñen, que *Chucho* aulla, que Aurora anda por las nubes, que Fermín calla, que Nona llora.... ¿Le parece á V. que todo esto no es caso de que un Cañizares, ¡el último de los Cañizares!, se dé á todos los diablos?

Al ver el despego con que D. Martín le contestaba, María de la Paz se quedó inmóvil, con una cabecera entre las manos, contemplando á su marido con la mirada más triste de que eran capaces aquellos ojos siempre dulces y todavía hermosos; y como quien va á Roma por todo, prosiguió su tarea, diciendo:

—Pues, mira, no es esa la más negra.

—¡Acaba de una vez, antes que á mí se me acabe la paciencia!—gritó D. Martín, al paso que apretaba furiosamente el nudo de su corbata.

—Tú (dijo ella, promediando el tono de la voz entre la queja y la súplica): tú eres la más negra, porque hace tres días que tienes una cara de justo juez, que no hay quien te mire. Parece

que te deben y no te pagan, cuando si ajustamos cuentas....

—Saldré yo debiendo.... ¿no es esto?... Pero, dime: ¿no eres tú la que dispones de los cuatro cuartos que hay en la casa?... ¿No haces y deshaces sin que nadie te vaya á la mano? ¿Quieres decir qué es lo que te falta?

—Lo que no se paga con ningún dinero (contestó ella). ¡Qué mundo este!.... ¡Qué pronto pasan las cosas!.... ¡Cómo se olvida todo!

—¡Me estás sacando de tino!—exclamó Cañizares en el colmo del enojo.

—Bueno; ya no hablo más; se acabó.... No te enfades.... Yo no sé lo que daría por verte siempre contento, y tú.... ¡Vamos!, no me hagas caso.... Ya te he dicho todo lo que tenía en el alma: ahora, perdóname.... Esa es nuestra suerte.

¿Había dicho, en efecto, todo lo que tenía en el alma? Es posible, porque no volvió á salir palabra de su boca. La cama ya estaba hecha, pero aun le faltaban los últimos perfiles: un pliegue aquí, un doblez más allá; una punta que cuelga más que la otra. Bajo la cubierta de percal rameado, se adivinaba la blandura de los colchones: las fundas de las cabeceras, las puntillitas que las adornaban y el doblez de la sábana, parecía que preguntaban á los ojos: «¡Vamos á ver! ¿quién es más blanco?»

Hecho esto, abrió de par en par la ventana, y el aire, que no esperaba otra cosa, se entró de golpe, como amigo de confianza, revoltoso como siempre y perfumado con las primeras flores de la primavera; al mismo tiempo se coló un rayo de sol, y los claveles dobles, que en dos macetas adornaban la ventana, alargaron sus cabezas rojas y blancas, como diciéndose unos á otros: «Vamos á ver qué pasa por aquí dentro.»

La señora de Cañizares miró á su alrededor buscando algo más que hacer; pero todo estaba en orden, cada cosa en su sitio. De pronto se detuvieron sus ojos en un ángulo de la alcoba, y entonces dijo con mucha dulzura:

—Martín, ¿por qué no quitas de ahí esa escopeta?

—¿También mi escopeta te estorba? (preguntó á su vez Cañizares.) Hace un siglo que está ahí, y hasta hoy no se te ha ocurrido que la quite. Pues, mira, te advierto que no tropieces con ella, María, porque está cargada.

—Por eso lo digo, hombre, porque te la vi cargar el otro día, y temo que suceda alguna desgracia.

—Sí (replicó bruscamente D. Martín). La cargué, porque desde el robo de las alhajas de la Virgen, que no hay quien me lo saque de la cabeza, creo que ya no queda nada seguro en este

pueblo, y quiero tener la escopeta cargada y á la mano. No me busques más camorra.

—¡Válgame Dios! (dijo María de la Paz.) ¿Por qué has de ser conmigo rencoroso? No volveré á decir nada que te incomode; pero deja que te arregle el nudo de la corbata. Mira: has cogido dentro el cuello de la camisa.

Y diciendo y haciendo, comenzó á perfeccionar el tocado de su marido, mientras éste respiraba con violencia, como queriendo contener los sordos impulsos de su irritada cólera. Ella acercó la boca para deshacer con los dientes el nudo hecho en el pañuelo que servía de corbata, y levantó los ojos: D. Martín reparó en ellos, y allí fué Troya.

—¿Qué es esto? (dijo.) ¿Qué lágrimas son esas con que ahora me vienes? ¡No me faltaba más que verte llorar para que acabaran de llevarme todos los demonios del infierno! ¡Por vida de todos los Santos del cielo! ¿Quién puede ofenderte viviendo yo en el mundo? Mira, María. Tengamos la fiesta en paz; dime todas las desvergüenzas que te dé la gana; dame azotes si quieres, como á un chiquillo de la escuela; pero no me llores, porque no puedo ver lágrimas sin que toda la sangre se me suba á la cabeza.

María de la Paz alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello de su marido; se empinó sobre

las puntas de los pies, y le besó primero una mejilla y luego otra.

—Eso es otra cosa (dijo D. Martín); todo lo que quieras, menos llorarme. Eso, María, no te lo consiento.

—¡Martín!...—exclamó ella.

—Calla (dijo él). Gila viene á decirnos que ya es hora de almorzar....



CAPÍTULO XXI.

EL LOCUTORIO.

No; no estaba resentida la madre Purificación, porque, digan lo que quieran las vanidades humanas, hay corazones tan apartados de las cosas del mundo, que viven á cubierto hasta de las pequeñas mordeduras del amor propio. Mas, ¡ya se ve!, la buena monja no se hallaba tan desligada de los afectos de la familia, que allá en la paz interior de su alma no sintiese algo, así como cierto escorzor que de vez en cuando se le venía á la punta de la lengua, y le hacía exclamar: «Esto es que el Señor me castiga, porque no merezco otra cosa.»

Todo ello consistía en que Fermín, el pícaro Fermín, prometido esposo y futuro marido de Aurora, no había parecido por el convento ni una vez siquiera á ver á la madre Purificación,